

ESTUDIS

El papel de los ateneos en la cultura y la sociabilidad libertarias (1931-1939): algunas reflexiones

Javier Navarro Navarro

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

¿Escuelas del pueblo o cuarteles de la FAI?

Una de las características del comportamiento asociativo libertario en el primer tercio del siglo XX fue, como es sabido, la puesta en marcha de una infraestructura de entidades que tenían en principio las funciones instructivas y formativas como su razón de ser fundamental.¹ Destacó

¹ En este artículo partimos de la percepción de la importancia del análisis de la sociabilidad formal para avanzar en nuestro conocimiento de la vida política —en un sentido amplio— de los sectores populares en la España contemporánea. Véanse las reflexiones de Pere Gabriel sobre la utilidad de la “perspectiva sociabilista”: GABRIEL, Pere, «Sociabilismes obrers i populars i història política a la Catalunya contemporània», en *Sociabilitat i àmbit local. Actes del VI Congrés Internacional d’Història Local de Catalunya* (Barcelona, 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2001), Barcelona, L’Avenç, 2003, pág. 147-148; y en un trabajo anterior del mismo autor con similares planteamientos: «Sociabilitat de les classes treballadores a la Barcelona d’entreguerres», en OYÓN, José Luis (ed.), *Vida obrera en la Barcelona de entreguerres, 1918-1936*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània, 1998, pág. 100-101. Jordi Canal también ha subrayado en más de una ocasión la

singularmente en este sentido la fundación de toda una heterogénea red de ateneos “libertarios”, “racionalistas”, “sindicalistas”, etc., con una orientación concebida como específicamente cultural y que se integraría definitivamente en el complejo y multiforme entramado organizativo y societario confederal-ácrata en las décadas que precedieron a la Guerra Civil. Estos ateneos eran centros de difusión y adoctrinamiento ideológico, así como de formación del militante, pero también actuaban como plataformas de divulgación cultural en un sentido general.

Estas entidades (al igual que ocurrió con las escuelas racionalistas) han sido objeto de una cierta mitificación por parte de los propios militantes ácratas tras el final de la Guerra Civil. Los testimonios de éstos y las obras de los historiadores próximos al anarquismo nos proporcionan múltiples ejemplos en ese sentido.² Los ateneos ocupan casi siempre un lugar destacado entre las más importantes realizaciones libertarias de aquellos años, como espacios emblemáticos de difusión cultural entre las clases populares y de expresión de una cultura obrera de vocación emancipadora.

importancia de los casinos y otros espacios asociativos como lugares de sociabilidad política y de expresión de las diferentes culturas políticas del momento, así como la virtualidad del uso del concepto de *sociabilidad* como herramienta de renovación de una nueva historia de la política “*estrechamente vinculada a la historia social y cultural*”. Además de sus investigaciones concretas sobre el carlismo, puede consultarse la más reciente revisión de sus balances historiográficos en torno al tema: CANAL, Jordi, «La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea: una revisión», en MAZA ZORRILLA, Elena (coord.), *Sociabilidad en la España contemporánea. Historiografía y problemas metodológicos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pág. 53-54. Cabe subrayar que estas aproximaciones resultan incompletas si no incorporan también el análisis de la llamada *sociabilidad “informal”*, es decir, todas las manifestaciones en este sentido al margen del asociacionismo “formalizado”, siguiendo la distinción ya clásica de Agulhon. Sobre las dificultades y problemas, no obstante, del intento de aplicación estricta de esta diferenciación en el caso libertario, véanse mis reflexiones al respecto en: NAVARRO NAVARRO, Francisco Javier, *Ateneos y grupos ácratas. Vida y actividad cultural de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la guerra civil*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2002, pág. 46-47.

² Véase, como ejemplo: LEVAL, Gaston; SOUCHY, Agustín y CANO RUIZ, Benjamín, *La obra constructiva de la revolución española*, México, Editorial Ideas-Editores Mexicanos Unidos, 1982, pág. 201.

En el extremo contrario, la opinión conservadora consideró siempre a los ateneos como centros de proselitismo y propaganda ácratas, obviamente en un sentido nocivo. Eran lugares donde se inoculaban ideas desestabilizadoras en los cerebros de los niños y los jóvenes obreros (violencia social, terrorismo, lucha de clases, etc.) con el pretexto de educarlos. Compartían en buena medida esta opinión las autoridades gubernativas y las fuerzas de seguridad, al identificar estos centros con la actividad insurreccional y considerarlos, de hecho, como meros “cuarteles” de la FAI, como “tapaderas” que servían para ocultar o preparar la acción violenta y revolucionaria.

Sin embargo, la pervivencia de ambas perspectivas ha ocultado quizás el hecho de que los ateneos eran en realidad (y actuaban como) centros polifuncionales que abarcaban diversos ámbitos de actuación, algunos de carácter interno, dentro del propio movimiento confederal y anarquista, y otros de proyección externa de éste. En mi opinión, para una comprensión cabal de la significación real de estas entidades, resulta imprescindible partir de la constatación de la multiplicidad de funciones que desempeñaban, unificadas, eso sí, por ciertas ideas generales y básicas sobre el particular compartidas en principio por el conjunto de la militancia. Esto implica reflexionar en torno al papel que ocupaban y tenían en la práctica los ateneos en el asociacionismo y la sociabilidad ácratas y, por extensión, en el conjunto de la cultura y la vida del movimiento libertario español de la época. Otras consideraciones que deben tenerse en cuenta hacen referencia a la evidente heterogeneidad —formal, estratégica e incluso ideológica, dentro de las distintas tendencias de la organización— del entramado ateneístico levantado por estos medios y a su accidentada trayectoria en esos años (nos centraremos especialmente en el período 1931-1939). Pero antes conviene realizar algunas reflexiones sobre las tradiciones asociativas y culturales en las que se insertarían estos ateneos.

La herencia de un modelo

El molde cultural sobre el que se inscribirían estas entidades tenía una larga tradición en los medios populares y obreros desde mediados del siglo XIX y se asentaba a su vez en la evolución y readaptación de determinadas formas asociativas surgidas en el tránsito hacia la sociedad

liberal. Se trata de un proceso en absoluto lineal sobre el que no podemos detenernos aquí, pero que acabará asentando un determinado prototipo asociativo-cultural ateneísta a lo largo de la segunda mitad de ese siglo y que proyectará una dimensión (aunque no será la única) culturizadora relacionada y/o identificada con lo popular, aunque en principio mayoritariamente interclasista y de orientación reformista. Se consolida así progresivamente un modelo cultural de centro instructivo que influirá decisivamente en el perfil del ateneo “popular” u “obrero”, de tanto éxito en las últimas décadas del siglo XIX. Surge entonces todo un entramado de asociaciones específicamente culturales (ateneos, centros de estudios, etc.), de diversas tendencias ideológicas, unidas, sin embargo, por un mismo propósito: la educación y culturización de las clases populares.

Si bien la mayoría de esas entidades tenían una impronta interclasista y se declaraban formalmente apolíticas, en algunos casos esto último solía “*contradecirse en la práctica por una perceptible influencia republicana o radical*”.³ Siguiendo la división perfilada por Pere Solà, algunas de ellas se caracterizaban por su funcionalidad social integradora (“*reformistas*” o “*neutras*”, utilizando la terminología de este autor). Otras, sin embargo, consideraban su labor de difusión cultural como una importante arma de emancipación social, desde presupuestos ideológicos que abarcaban desde el republicanismo al obrerismo. Estas últimas compartían desde fines del XIX (aunque no todas: conviene tener en cuenta la importancia clave de los ateneos neutros o reformistas como modelo de culturización popular) una ideología progresista y se movían en unas coordenadas similares, “*interclasistas, progresistas, republicanas, socialistas, laicistas, anticlericales*”.⁴ Unos y otros ateneos y centros culturales solían desarrollar

³ URÍA, Jorge, «La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y el desarrollo de una sociedad de masas», en SUÁREZ CORTINA, Manuel (ed.), *La cultura española en la Restauración (I Encuentro de Historia de la Restauración)*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pág. 125. También, de este mismo autor, *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*, Madrid, Publicaciones Unión-Centro de Estudios Históricos, 1996, pág. 254-255.

⁴ SOLÀ, Pere, «Acerca del modelo asociativo de culturización popular de la Restauración», en GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA, Alejandro (ed.), *Clases populares, Cultura, Educación. Siglos XIX y XX. Coloquio Hispano-Francés* (Casa de Velázquez, Madrid, 15-17 de junio de 1987), Madrid, Casa de Velázquez-

una fecunda y variada actividad cultural, que podía incluir cursos formativos, conferencias, debates, veladas literario-artísticas, creación de orquestas y grupos corales, puesta en marcha de bibliotecas populares, etc. Se conforma así, a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, toda una “red asociativa popular” (integrada por estos centros pero también por numerosos casinos y sociedades instructivo-recreativas de diferente índole)⁵ que constituirá, sin duda, uno de los pilares fundamentales en el proceso de educación y formación de la clase obrera.

Se consolida de esta manera un modelo asociativo, de gran éxito y prestigio entre los trabajadores españoles hasta la Guerra Civil: el ateneo popular u obrero, centro de difusión cultural y de formación extraescolar y dinamizador de la educación popular. Si bien los ateneos “neutros” parecen

UNED, 1989, pág. 397-398. Este historiador hace referencia en otro de sus trabajos a lo que denomina un “*model d'influència creixent, el que hem denominat 'paradigma associatiu republicà', caracteritzat per un projecte polític-cultural laic oposat al de l'associacionisme catòlic tradicional, i marcat també per la puixança de la sociabilitat obrera organitzada —mutualisme i cooperativisme-sindicalisme agrari— i per la florida d'un cada cop més vigorós associacionisme juvenil (esportiu i altre)*”. *Itineraris per la sociabilitat meridional catalana. L'associacionisme i la cultura popular a la demarcació de Tarragona (1868-1964)*, Tarragona, Diputació de Tarragona, 1987, pág. 470. Otra división de las entidades de culturización obrera utilizada por Solà hace referencia a aquéllas de carácter “autónomo” —conducidas por la misma clase trabajadora— y a las de condición “heterónoma”, dirigidas y promocionadas por elementos externos a ésta (*Itineraris per la sociabilitat...*, pág. 255). Véase también, de este autor, *Els ateneus obrers i la cultura popular a Catalunya (1900-1939). L'Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, La Magrana, 1978, pág. 46.

⁵ No conviene olvidar que el ateneo no era sino uno de los tipos organizativos claves dentro de la red de asociaciones populares “especializadas” en el ámbito de la cultura y el ocio. Las sociedades “instructivo-recreativas” ocupaban un buen segmento del asociacionismo popular (otro sería, sin duda, el mutualismo y el cooperativismo), pero en buena parte de éstas no primaban las alternativas instructivas de uso del tiempo libre, sino el componente lúdico o recreativo: entidades deportivas o musicales, sociedades de baile o teatro, etc. Unas y otras coincidían, sin embargo, en su objetivo fundamental: la provisión de bienes y servicios de ocio a las clases populares, en un combate cada vez más enconado con las emergentes industrias relacionadas con el ocio (espectáculos teatrales y musicales, deportes, cine, etc.), como ha subrayado acertadamente URÍA, Jorge, «La cultura popular...», pág. 125-126.

entrar en crisis en las primeras décadas del siglo XX,⁶ no ocurre lo mismo con toda una serie de entidades comprometidas en la promoción cultural de las clases populares (que actúan muchas veces como centros de extensión universitaria y “universidades populares”), desde una perspectiva progresista y obrerista, pero al mismo tiempo apartidista y ecléctica, que continuarán desarrollando sus actividades hasta los años de la contienda. Un ejemplo emblemático de este tipo de asociaciones es el Ateneu Enciclopèdic Popular de Barcelona, que se convirtió casi en un modelo de funcionamiento con sus diversas secciones dedicadas a numerosas y diferentes actividades culturales y su apuesta decidida por la extensión educativa.

Así, por tanto, en el primer tercio del siglo XX este tipo de centro cultural gozaba de un amplio prestigio entre las clases trabajadoras y también en las diferentes corrientes del movimiento obrero. Un claro ejemplo de la pervivencia desde las primeras décadas del siglo del modelo ateneístico dentro de la militancia obrerista con una definición ideológica más precisa es el caso libertario.⁷ Los ateneos anarquistas y anarcosindicalistas se inscriben

⁶ SOLÀ, Pere, *Els ateneus obrers...*, pág. 79-81.

⁷ Y no serán los únicos. Al igual que ocurría con otras fórmulas del asociacionismo popular relacionadas con la cultura y el ocio (círculos, casinos, sociedades instructivo-recreativas, etc., renovadas ahora con nuevas formas que la modernización de los comportamientos sociales y culturales y la consolidación y extensión de una cultura plenamente urbana durante el período de entreguerras irán difundiendo: asociacionismo deportivo, excursionismo, etc.), el modelo “ateneo” gozaba todavía de una considerable vigencia —y de indudable prestigio— en los medios obreros a la altura de la década de los treinta, como se demostrará a partir de 1931, con especial arraigo en aquellas zonas donde este prototipo asociativo tenía una amplia tradición, como es el caso del área mediterránea. Pere Gabriel señala en este sentido: “*Significativament, però, el gran model cobejat també per la militància obrera era el del centre fonamentalment cultural, obert a la vida més quotidiana i popular de les famílies obreres [...]. Cal situar en aquest punt els múltiples i sovint precaris intents d’ateneus llibertaris o entitats d’activitat cultural socialista o comunista de finals del vint i els anys trenta*” (GABRIEL, Pere, «Sociabilitat de les classes treballadores...», pág. 112). La característica central del entramado ateneístico siguió siendo su heterogeneidad. Continuaron funcionando ateneos “populares” y “obreristas” de carácter más o menos ecléctico, muchos de ellos herederos del heterogéneo mundo del republicanismo federal y el librepensamiento, a la vez que desde instancias más “militantes” y “partidistas” se siguió recurriendo a este prototipo asociativo. Un ejemplo de ello fue el resurgimiento de la red de

así plenamente en una amplia tradición, tanto en las formas asociativas empleadas como en el contenido de una extensión cultural (cursillos para adultos sobre las más variadas materias, escuelas, bibliotecas, etc.), que tiene como destinatarias a las clases populares. Los libertarios se identificarán con esta cruzada por la educación popular y usarán precisamente el término *ateneo* para designar a sus centros culturales más emblemáticos, insertándose así, como vimos, en un molde cultural ya existente.

La herencia de este modelo ateneístico, que implicaba la asimilación de una evidente mística culturizadora, no sólo tendría su reflejo en la continuidad de esa función de difusión cultural entre las clases populares que asumirán los ateneos libertarios, sino también en la conformación de la propia imagen y representación de los ateneos en el conjunto del movimiento libertario como espacios eminentemente culturales e instructivos. Es más, tal como apuntábamos antes, como lugares emblemáticos de la cultura y merecedores siempre de una elevada valoración. En el discurso anarquista se mantendrá una cierta predilección por un prototipo de centro que colocaba en teoría la divulgación cultural y las prácticas educacionales como su objetivo principal más allá de las “luchas partidistas”. No son de extrañar, por tanto, las similitudes (en formas y contenidos) y conexiones que los ateneos y agrupaciones “libertarios”, “sindicalistas”, “racionalistas”, etc., presentaban (todavía a la altura de los años treinta) con las entidades que habían heredado de manera más evidente esta concepción progresista —a la vez que ecléctica y heterodoxa— del centro obrero cultural. Es el caso de aquéllas integradas en la heterogénea trama del republicanismo federal y del llamado *republicanismo cultural*. Esta vinculación se observa de forma más visible al analizar el comportamiento asociativo de los “treintistas” y los sindicalistas.

Pero el proceso de asimilación y readaptación de estos modelos se hizo, en el caso libertario, partiendo de determinadas premisas. En primer

ateneos libertarios en estos años. Otro fue la creación de ateneos obreristas, de impronta socialista, comunista, sindicalista, etc. A menudo, estas entidades no dependían directamente de las redes de los grandes partidos de izquierda o sindicatos y se convirtieron en abanderados de una cultura política obrera amplia en el nuevo contexto de la década de 1930, como ocurrió con los ateneos “aliancistas” impulsados por los sindicalistas treintistas o los militantes poumistas en zonas como Cataluña o el País Valenciano en este período.

lugar, de una concepción de la educación nunca neutra sino como un poderoso instrumento de transformación individual y social de carácter revolucionario. Por otro lado, la importancia atribuida a la acción cultural no condujo a concebir ésta como independiente de la acción social general. Asimismo, en el discurso y la práctica anarquistas, los ateneos confederales y ácratas fueron también siempre, al mismo tiempo, instancias de socialización y formación de la propia militancia e incluso de cohesión social e ideológica de la propia familia libertaria: es decir, las funciones de tipo interno fueron tan o más importantes que las externas. En definitiva, los anarquistas readaptaron el modelo ateneístico en función de sus propias necesidades y postulados ideológicos específicos. Lo hicieron también integrando estas entidades en sus propias redes organizativas y societarias como una expresión asociativa más, con el característico policentrismo y la relativa autonomía que definió el comportamiento libertario en este ámbito. Esto último implicó para los ateneos una descentralización —y una ausencia de subordinación e incluso de vinculación orgánica, en muchos casos, a la FAI, las JJLL (Juventudes Libertarias), etc., como sucedió con los grupos— y una multiplicidad de iniciativas que llevó a la creación de ateneos por parte de núcleos de militantes de muy diferentes orientación e intereses, con la consiguiente heterogeneidad. Como veremos, ello no significó ni independencia ideológica ni que esta trama de ateneos estuviera al margen de las estrategias trazadas por la organización confederal y ácrata. Ni de las luchas internas de tendencias dentro de ésta ni, en definitiva, de las dependencias y limitaciones de su evolución general en estos años. Por otra parte, el ya mencionado policentrismo de la dinámica asociativa libertaria y el hecho de que ésta se basara en buena medida en la acción del grupo de militantes estaban en el origen de la gran diversidad y riqueza de la red ateneística ácrata, pero también fueron uno de los factores que explican la inestabilidad y fugacidad de muchos de estos centros.

La “especialización cultural”

Los libertarios solían justificar la puesta en marcha de estos ateneos en función de su cometido y “especialización” cultural. Ello se manifestaba en diversos aspectos. En primer lugar, encontramos una serie de elementos simbólicos que expresan y ratifican esta idea. Por ejemplo, la elección del

nombre del ateneo, que no era una decisión arbitraria o de importancia secundaria. Significativamente, muchos de estos centros escogían denominaciones como *Ateneo de Divulgación Social*, *Centro de Estudios Sociales*, *Ateneo Racionalista* o *Científico*, que subrayaban esta función cultural. Por supuesto, detrás de la preferencia por estos términos se escondía la intención de soslayar la más comprometida definición de *libertarios* o *anarquistas*, de cara a evitar la censura o la represión oficiales. Por ello, la utilización de aquellas denominaciones (menos “peligrosas”) es muy común durante los años de la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República.⁸ A partir de julio de 1936, sin embargo, se escogieron con más frecuencia las últimas. No obstante, este hecho innegable no puede ocultar que la elección de nombres relacionados con la educación o la cultura era una apuesta intencionada (y, a menudo, mantenida en el tiempo) de los militantes de muchos ateneos, con la que se pretendía dejar clara la finalidad pedagógica de estos centros. Así, por ejemplo, Vicent Nebot, miembro del Ateneo Racionalista de La Torrassa (Barcelona), en unas reflexiones que dejan ver la evidente heterogeneidad en la concepción y en la práctica de estos centros, a la que nos referiremos más adelante, señala: “*En fi, vam pensar anomenar-lo Ateneu Racionalista i no Llibertari perquè en els Ateneus Llibertaris es feien coses diferents, o massa coses. En canvi al qualificar-lo de Racionalista quedava molt clar què era el que preteníem els seus fundadors; una entitat cultural per instruir i ensenyar als que vulguessin superar-se personalment.*”⁹

⁸ No obstante, algunos ateneos —sobre todo los más vinculados a la FAI— desafiaron en estos años la represión y no ocultaron en sus nombres su adscripción ácrata. Sin embargo, ello no debe conducirnos a la errónea conclusión de que los “Ateneos de Divulgación Social” o los “Centros de Estudios Sociales” eran, por lo general, entidades más moderadas o próximas a las tesis sindicalistas. La elección de nombres de este último tipo era común a los centros de ambas tendencias del movimiento confederal en estos años, tanto a aquéllos de carácter “treintista” como a los de fidelidad “faísta”.

⁹ Testimonio de Vicent Nebot, citado en: MARÍN, Dolors, *De la llibertat per conèixer al coneixement de la llibertat. L'adquisició de cultura en la tradició llibertària catalana durant la dictadura de Primo de Rivera i la Segona República espanyola*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1996 (tesis doctoral inédita), pág. 476 (la cursiva es mía). Nebot añade en otro lugar: “*Ateneo: nombre de origen griego, como símbolo del progreso intelectual, y al mismo tiempo, como sede de algunas corporaciones científico-literarias, a que tan aficionados eran los clásicos griegos. Racionalista: por considerarla una doctrina, por medio de la cual se puede llegar a*

También podemos mencionar, en este sentido, la iconografía presente en los logotipos y distintivos de algunas de estas entidades, tal como aparecen en sus sellos, membretes de cartas, etc., con abundancia de imágenes de libros y soles naciendo celebrando las luces de la cultura y la liberación que ésta conlleva. Por otra parte, en las declaraciones de intenciones (estatutos, manifiestos públicos, etc.) de estos ateneos figuraba siempre en un lugar central la finalidad cultural. Entre los proyectos más anhelados por sus socios encontramos siempre la creación de una escuela y una biblioteca, y a ello se dedicaban considerables esfuerzos personales y materiales.

Por otro lado, desde los medios libertarios se coincidía en considerar los ateneos como plataformas privilegiadas de difusión de una educación al margen del Estado, que en estos momentos se identificaba con la tradición ferreriana y el racionalismo pedagógico. Los ateneos solían albergar escuelas racionalistas para niños y completaban esta labor con actividades de formación de adultos.

Para algunos militantes, la represión en forma de clausura que las autoridades practicaban periódicamente sobre sus ateneos, tan nociva para la continuidad de estas iniciativas pedagógicas, tenía una motivación clara: la acción cultural desarrollada en ateneos y escuelas racionalistas resultaba potencialmente más peligrosa para el Estado que la mera reivindicación “económica” (lo que es casi lo mismo que decir sindical). Uno de los objetivos de esta persecución oficial era la anulación de cualquier fórmula educativa distinta a la establecida por la burguesía (conservadora o liberal-republicana): “*¡Jóvenes proletarios! No sólo la sociedad nos prohíbe el ingreso en las aulas de la Universidad, por el hecho de pertenecer a la clase desheredada, sino que el Estado ¡republicano, democrático y de trabajadores! nos arrebatara los medios de educación que pueden estar a nuestro alcance: conferencias, lecturas comentadas, charlas y clases nocturnas. ¡Viva la igualdad republicana! No ya sólo, jóvenes amantes de la educación y el estudio, se persigue a la idea y la libre expresión del*

la fuente, origen de la verdad. El racionalismo, es válido para el conocimiento, comprensión e interpretación de la verdadera realidad”. Esta última cita corresponde al artículo de NEBOT, Vicent, «Un poco de historia del Ateneo Racionalista de la Torrasa», *Progrés* (L'Hospitalet), 32, noviembre de 1985, pág. 9 (citado por MARÍN, Dolors, *De la llibertat per conèixer...*, pág. 478, nota 51).

pensamiento, sino que también se atropella toda enseñanza que no sea patriótica, republicana o militarista".¹⁰

Desde la perspectiva libertaria, la virtud más destacable de estos centros era, por tanto, su orientación educativa y formativa, de cara a la capacitación de la militancia y de los trabajadores en general. La alta valoración que se tenía de ellos en los medios anarquistas hacía que fueran considerados como los espacios prototípicos de una sociabilidad positiva y de una ética del tiempo libre propia de los trabajadores conscientes, de especial utilidad para aquéllos más jóvenes. Los militantes que animaban la vida de estos centros veían en ellos la posibilidad de realizar una "*actividad educativa y de divulgación mucho más eficaz que el Sindicato*",¹¹ ya que ésta tenía como fin la superación moral y espiritual de todos los individuos, y no únicamente la de los trabajadores sindicados. Aunque lo más habitual era considerar la labor desarrollada en los ateneos como complementaria —y no alternativa— a la actividad sindical, en la relativa "especialización de funciones" del entramado organizativo y asociativo libertarios, la labor cultural desarrollada en estas últimas entidades tenía como finalidad —como se señalaba en mayo de 1933 desde las páginas de *Nueva Humanidad*— ni más ni menos que "*la formación de una amplia conciencia en las filas proletarias con vistas a la eminente quiebra del estado actual de cosas, y para facilitar el*

¹⁰ NERÍN, «Movimiento de Ateneos. Reaccionemos», *Nueva Humanidad*, Barcelona, 2.VI.1933. Otro articulista iba más allá y afirmaba: "*Los Ateneos sociales fueron clausurados hace unos días por puro odio a la cultura y educación popular [...] se dirán: 'Les quitamos el alimento, el vestido, el albergue y la vida. ¿Por qué no robarles también esa cultura-educación que los hace extremistas?'*" («Clausura de Ateneos», *Solidaridad Obrera*, Valencia, 28.I.1933). Por su parte, los responsables del Ateneo Racionalista de La Torrassa señalaban, en agosto de 1933: "*El Estado, la institución absurda por excelencia, dado a la constante intromisión en todo, no podía perdonar que los trabajadores auténticos que, por serlo, no podían beneficiarse con la inasequible, a fuerza de cotizable, cultura oficial, tuvieran la osadía de crearse por y para ellos este imprescindible elemento [los ateneos], según los dictados que las propias concepciones del problema aconsejaran.*" (ATENEO CULTURAL RACIONALISTA DE LA TORRASA, «La clausura de nuestros ateneos», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 26.VIII.1933).

¹¹ TIANA FERRER, Alejandro, *Educación libertaria y revolución social (España, 1936-1939)*, Madrid, UNED, 1987, pág. 268.

proyecto de edificación libertaria que ha de constituir la divisa del porvenir".¹² En la necesaria división del trabajo en la lucha social que debía presidir la acción confederal-ácrata, los sindicatos y los grupos debían ocuparse de "la acción económica y agitación subversiva"; los ateneos libertarios, por su parte, de la "iniciación de promociones juveniles y capacitación de los ya curtidos en las luchas cotidianas". En estos últimos tenía que "vivirse el anarquismo moralmente": a diferencia del trabajo desarrollado en los sindicatos (mediatizado por la "lucha económica") la labor en estos centros era "ajena a prejuicios y materialismo".

Pero si bien el conjunto de la militancia y las distintas tendencias presentes en el movimiento confederal y ácrata en estos años coincidían en asignar en principio a los ateneos ácratas una función cultural y formativa (desplegada después lógicamente de acuerdo a sus postulados e intereses específicos), ni siquiera a nivel discursivo (y mucho menos en la práctica) todas las opiniones eran partidarias de sobrevalorar el papel de aquéllos. En ocasiones se advertía a la juventud obrera que acudía a los ateneos de que no desatendiera sus labores sindicales.¹³ Por otra parte, las diversas actividades que en ellos se desarrollaban no siempre conciliaban las simpatías de militantes que —aunque compartían la percepción de la necesidad de una labor formativa entre el proletariado y la futura militancia propia— tendían invariablemente a pensar que no eran ésas las acciones de mayor interés y urgencia desde el punto de vista social y revolucionario y que conllevaban, en definitiva, una cierta dispersión de las energías militantes. Así, leemos en *Brazo y Cerebro*, en mayo de 1935: "Para nadie es un secreto el que en esos Centros de Educación Anarquista, en que debiera formarse la personalidad firme y exquisita que el anarquista viene obligado a tener, se perdió precioso tiempo en cosas de orden secundario, circunstancial. Y, por tanto, constituyen los Ateneos una promesa para una mañana libertario".¹⁴

Sin embargo, este tipo de opiniones no solían expresarse públicamente y no pusieron en duda en ningún momento la alta valoración

¹² «Movimiento de ateneos. Persistamos», *Nueva Humanidad*, Barcelona, 13.V.1933.

¹³ LICURGO, «Las Juventudes que concurren a los Ateneos Libertarios no pueden ni deben abandonar los sindicatos», *Tierra y Libertad*, Barcelona, 20.X.1933.

¹⁴ «Editorial», *Brazo y Cerebro*, La Coruña, 15.V.1935.

ni la imagen positiva de la función y el papel de los ateneos en el discurso libertario. No obstante, estas actitudes estaban bien presentes y se manifestaban en la práctica en las dificultades que muchos militantes de los ateneos encontraban para recibir ayuda material o económica de los sindicatos confederales (pese a las habituales declaraciones de apoyo a la acción cultural o al movimiento racionalista) y en las nada infrecuentes quejas de aquéllos sobre el “olvido” a que los sometía la organización. También eran visibles, como hemos visto, en algunas críticas a ciertas actividades de orden “secundario” (fueran excursiones, veladas teatrales, etc.) desarrolladas por los ateneos (“[...] *muchos van a los Ateneos no con aquel afán necesario para autoeducarse, sino por tener un punto de camaradería, como si los Ateneos fuesen alguna sociedad recreativa*”).¹⁵ Por otro lado, en momentos de relativo resurgimiento de la actividad ateneística en estos medios, algunos militantes que no podían ser acusados precisamente de reformistas o de defensores de la prioridad de la lucha sindical, dejaban ver su opinión a favor de una cierta racionalización en el proceso de constitución de ateneos y otros centros culturales, procurando siempre que éstos respondieran efectivamente a las necesidades existentes.¹⁶

¹⁵ UN VIEJO MILITANTE, «Movimiento de ateneos. ¿A qué obedece la desbandada?», *Nueva Humanidad*, Barcelona, 30.VI.1933.

¹⁶ José Peirats señalaba, por ejemplo (obsérvese su alusión inicial a las críticas de algunos militantes a la dispersión de energías militantes en los ateneos): “*Combatir el movimiento ateneísta, manifestado en estos últimos tiempos porque absorbía la actividad de un número determinado de militantes restados a los Sindicatos o a los grupos, nos parece tan infundado, como el hecho de crear ateneos sin ton ni son, por el mero placer de crearlos. [...] El fenómeno de crear mil ateneos porque alguien ha creado un ateneo es comparable al procedimiento de escribirse mil artículos contra la política por el hecho de haberse escrito un artículo de oposición a ella [...]. El Ateneo y la escuela han quedado amontonados los unos encima de otros en los suburbios de las ciudades [...]. Las modalidades de lucha y propaganda de nuestro movimiento, deben justificar su existencia por las necesidades a que correspondan. Y que una modalidad, apéndice de otra y no complemento, que es lo natural, lo lógico y lo eficaz, no tiene razón de existencia. Debe ser desterrada o rectificada en el justo sentido. De este modo, el desplazamiento o desglose de los militantes no restará energías ni posibilidades al conjunto de la militancia. Será una verdadera y racional división del trabajo [...]*” (PEIRATS, J., «Nuestras diversas modalidades de educación, propaganda y lucha, deben justificarse por las diversas necesidades a que correspondan», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 6.III.1935.

Muchos militantes compartían, en realidad, una concepción instrumental, en uno u otro sentido, del papel de los ateneos, como plataformas asociativas “auxiliares”. Por ejemplo, como espacios desde donde desarrollar otras actividades organizativas y militantes de muy diverso tipo (sindicales, propagandísticas, insurreccionales, etc.) cuando esto no era posible por razones legales, como sucedió, por ejemplo, de manera clara en los años de la dictadura de Primo de Rivera.¹⁷ Asimismo, la constitución previa de un ateneo podía representar en ocasiones la avanzadilla de la presencia física del movimiento libertario en una localidad o en el barrio de una gran ciudad y un primer peldaño en la consolidación de su entramado asociativo. De hecho, en determinadas poblaciones, los ateneos servían y actuaban como locales que centralizaban el conjunto de la vida y actividad de las distintas organizaciones ácratas autóctonas (como ocurrió, por ejemplo, en el caso del Ateneo Racionalista de Castellón durante los años republicanos).

Por otro lado, era frecuente que militantes de una u otra tendencia dentro del movimiento concibieran los ateneos como escuelas o canteras de segunda línea que reforzaran sus posiciones en las luchas internas y que sirvieran también como difusoras y correas de transmisión de sus propias estrategias. Tal como apuntábamos antes, los ateneos no estuvieron en absoluto al margen de estas pugnas que vivían periódicamente las filas confederales. Por lo que se refiere a los años treinta, la escisión entre “treintistas” y “faístas” tuvo su repercusión en este ámbito. Tanto éstos como otras familias ácratas (los individualistas, por ejemplo), así como grupos de militantes de diferente índole, recurrieron a la creación de ateneos o al control de los ya existentes. Los “treintistas” comenzaron a constituir, a partir de mediados de 1932, una red de ateneos sindicalistas libertarios (ASL) paralela a su trama de sindicatos de oposición,

¹⁷ Alejandro Tiana señala, en este sentido, que los ateneos servían en períodos de represión política “*como fachada de las actividades sindicales de la CNT o como medio de realizar una propaganda encubierta*”. Así había sucedido con frecuencia durante la dictadura de Primo de Rivera, cuando se crearon “*muchos centros culturales, grupos teatrales o artísticos, clubes naturistas o excursionistas en aquellos lugares en que las circunstancias habían impuesto la clausura de los locales sindicales*” (TIANA FERRER, Alejandro, *Educación libertaria...*, pág. 268).

especialmente sólida en Cataluña y el País Valenciano, y concebida como alternativa a los sindicatos, grupos y ateneos fieles a la línea dominante en la CNT en estos momentos. Estos centros actuaron como “*plataformas de extensión de las alternativas de los treintistas y de la captación de simpatizantes*”.¹⁸ Los ASL pretendían agrupar a los militantes simpatizantes del treintismo, ofrecerles lugares de reunión y espacios para desarrollar sus actividades; por otro lado, presentaban como una de sus funciones básicas la capacitación de los trabajadores de cara a la futura sociedad postrevolucionaria (mediante la organización de cursos, conferencias, charlas, excursiones, la creación de bibliotecas y escuelas, etc.). Este último propósito derivaba de la insistencia sindicalista en la necesidad de la formación y preparación del obrero como condición previa al desarrollo de todo proceso revolucionario, argumentación habitualmente esgrimida en estos medios como contraposición a las “aventuras” insurreccionales de la FAI y a la línea maximalista que controlaba la CNT en esos años.

Por su parte, los militantes “faístas” e individualistas pretendieron — sin olvidar tampoco el último objetivo mencionado— que aquellos ateneos que controlaron o crearon (“libertarios”, “anarquistas”, “de divulgación social”, etc.) se convirtieran en depositarios de las esencias ideológicas, filosóficas y culturales del anarquismo, y que no cesaran en la lucha contra toda “desviación sindicalista”. Paralelamente a esta pugna de carácter general, en cada ateneo, los grupos de militantes que lo controlaban imprimían una determinada orientación que admitía una gran variedad (en función del mecanismo básico grupal que sostenía la sociabilidad y las relaciones de poder dentro del movimiento anarquista),¹⁹ sobre la base de sus intereses y objetivos específicos: por ejemplo, una línea más “eclectica”, culturizante y autónoma o más comprometida con organizaciones como la FAI o las JJLL, por hablar sólo de un posible criterio de diferenciación entre otros muchos. Las guerras de tendencias y

¹⁸ VEGA, Eulàlia, *Anarquistas y sindicalistas durante la Segunda República. La CNT y los Sindicatos de Oposición en el País Valenciano*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987, pág. 174. Véase también, de esta autora, *El trentisme a Catalunya. Divergències ideològiques en la CNT: 1930-1933*, Barcelona, Curial, 1980.

¹⁹ Véase: TAVERA, Susanna y UCELAY DA CAL, Enric, «Grupos de afinidad, disciplina bélica y periodismo libertario, 1936-1938», *Historia Contemporánea*, 9, 1993.

familias dentro del movimiento confederal y ácrata se reproducían también en forma de batallas internas por el control de muchos ateneos, dejando ver no sólo motivaciones ideológicas, sino también querellas personales o entre redes de afinidad.²⁰

En definitiva, los ateneos estuvieron en primera línea de las luchas que vivió la organización confederal en esta época. No podía ser de otra manera: el fenómeno de la militancia múltiple era habitual y los animadores y socios de los ateneos ácratas solían ser también, a su vez, miembros de las JJLL, los grupos o la FAI, además de pertenecer a su sindicato respectivo. Por todo ello, resulta apresurado asimilar el conjunto de la red ateneística a una organización en particular de las que componían el movimiento libertario en la época, fuera ésta la FAI (como solían hacer las autoridades oficiales o las fuerzas de seguridad)²¹ o cualquier otra, se expresara en forma de vinculación orgánica, subordinación plena a sus directrices, etc. Tampoco, como hemos visto, a una tendencia o familia en concreto. Todas ellas, así como distintos grupos de militantes dentro de cada una, recurrieron a esta manifestación asociativa, lo que demuestra de nuevo, por otra parte, su éxito y pervivencia en el caso libertario.

²⁰ Como se muestra, por ejemplo, en el caso del Ateneo Racionalista de Castellón, tal como se puede apreciar en las actas de juntas de este centro celebradas entre 1931 y 1937. Véase: NAVARRO NAVARRO, Francisco Javier, *Ateneos y grupos ácratas...*, pág. 441-480.

²¹ Véanse, a este respecto, las reflexiones de Pere Solà, quien también subraya la clara influencia de los militantes faístas en muchos ateneos, pero que concluye descartando una identificación absoluta de éstos con aquella organización: SOLÀ, Pere, «La base societaria de la cultura y de la acción libertaria en la Cataluña de los años treinta», en HOFMANN, Bert; JOAN I TOUS, Pere y TIETZ, Manfred (ed.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1995. En el caso del País Valenciano, que hemos estudiado con mayor profundidad, la identificación de los ateneos con la FAI está lejos de ser evidente. Existían centros de este tipo animados por grupos anarquistas con una clara vinculación con la FAI: así ocurría con el Ateneo de Divulgación Anarquista de Valencia y la “Agrupación Anarquista Revolucionaria” que lo sostenía, que tuvieron un protagonismo destacado en la reorganización de la FAI en esa ciudad durante 1931. Sin embargo, otros ateneos escapaban en buena medida del control de la organización específica y algunos lo hacían de forma prácticamente total (sin mencionar el caso de aquéllos bajo la órbita “treintista”), aun cuando estuvieran dirigidos por militantes de grupos integrados en la FAI, cuya implantación en el País Valenciano durante estos años, por otra parte, fue siempre inestable y débil.

Por otro lado, los militantes que animaban la vida de los ateneos confederales y ácratas no entendieron las actividades culturales al margen de las propagandísticas o de otros aspectos de la lucha social. No renunciaron ni como anarquistas ni como miembros de estos ateneos a prácticas básicas de la acción militante, como las tareas de auxilio y solidaridad. Por hablar sólo de las actividades públicas o externas de los ateneos, figuraban habitualmente entre éstas las suscripciones para huelguistas o presos del movimiento, las manifestaciones de apoyo a las víctimas de la represión, las recaudaciones en veladas teatrales, conferencias o mítines con esos mismos fines, etc. Algunos ateneos desplegaban también una acción propagandística centrada, por ejemplo, en la organización de actos de “orientación anarquista”, de “afirmación libertaria” o “sindical”, etc. Aparte de estas labores cotidianas (y de otras, como el mantenimiento de secciones de ayuda mutua y cooperativismo), los ateneos desarrollaron en algún momento otras actividades que rebasaron ampliamente su originaria funcionalidad “cultural”. Es el caso, por ejemplo, de los ateneos libertarios de las barriadas madrileñas en los días y semanas posteriores al 18 de julio de 1936. Al calor de la nueva situación revolucionaria y el vacío de poder consiguiente, estos centros acometieron tareas asociadas a la vida social y económica de sus respectivos barrios: aprovisionamiento de víveres, seguridad e investigación (localización de desafectos o requisa de armas), creación de comités de defensa, reclutamiento de voluntarios para las milicias confederales, incautación de fincas y bienes, etc. Tal como señala Francisca Bernalte, en este momento los ateneos madrileños “*relegan a un segundo plano los objetivos culturales y se transforman [...] en focos de experimentación del comunismo libertario*”.²²

Esto no significa que se pusiera en duda en las filas libertarias la imagen dominante de los ateneos como entidades específicamente culturales y formativas. De hecho, gozaban de un prestigio añadido

²² BERNALTE, Francisca, *La cultura anarquista en la República y en la guerra civil: los ateneos libertarios de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 1991 (tesis doctoral inédita), pág. 363. Y no fueron los únicos. Véase, al menos, el caso ya mencionado del Ateneo Racionalista de Castellón, en mi libro *Ateneos y grupos ácratas...*, pág. 459-480.

aquellos centros que conseguían mantener una línea más o menos “eclectica” y cuyos animadores procuraban refugiarse en una actividad cultural general que no se identificara demasiado —aun sin que fuera posible estar completamente al margen— con alguna de las tendencias internas en conflicto o se comprometiera con una determinada estrategia. Un poco en la línea, para entendernos, de lo que representaba en el campo de la prensa anarquista una revista como *Estudios* (“Revista Ecléctica”, 1928-1937). Ello, y los esfuerzos que empleaban en priorizar determinados proyectos culturales (escuela, biblioteca, ciclos de conferencias, programa excursionista, etc.), les proporcionaba aceptación y una cierta estabilidad que, por supuesto, no garantizaba superar las miserias, carencias materiales y problemas legales con que se enfrentaban habitualmente estos centros.

Asimismo, determinados militantes expresaban su rechazo a que los ateneos desempeñaran funciones distintas a las culturales en un amplio sentido, o a que se comprometieran en batallas que debían de protagonizar otras plataformas e instancias de la familia confederal y ácrata. En marzo de 1933, la conocida Agrupación Faros de Barcelona realizaba un llamamiento desde las páginas de *Nueva Humanidad* a “todas las organizaciones de Ateneos de Cultura” para que apoyaran de manera firme —sin que ello implicara abandonar la labor “*eminente cultural*”— a los sindicatos de la CNT y al movimiento anarquista en general, oponiéndose a la represión gubernamental y defendiendo la causa de los presos sociales.²³ Sin embargo, tan sólo una semana después la militante Áurea Cuadrado señalaba en esa misma sección de la revista que los ateneos debían evitar cualquier “*matiz político*” o “*sectarismo de ninguna clase*”. Su ruta tenía que ser la del “*eclecticismo*”; lo prioritario era que todo individuo adquiriera una cultura, y los principales enemigos en este proceso eran “*el dogmatismo y el sectarismo*”. Por último, Cuadrado señalaba que esa labor de difusión y formación cultural actuaría como una auténtica herramienta de emancipación social: “*Cerrarse en el estudio de una ideología determinada por amplia y humana que ésta sea, es a mi*

²³ «Movimiento de ateneos. A todas las organizaciones de Ateneos de cultura», *Nueva Humanidad*, Barcelona, 10.III.1933. Este manifiesto se publicó ese mismo día en las páginas de *Tierra y Libertad*.

juicio estancarse. El desarrollo y evolución de la humanidad, no se debe a una idea solamente, sino al conjunto de todas ellas. Cuando el hombre se emancipe del fanatismo y pueda discernir lo bueno y lo malo de todas las teorías; cuando pueda dialogar sobre conceptos y opiniones diferentes a las suyas con el respeto y consideración que todos merecen [...] entonces, solamente, podrá llamarse un hombre culto [...] Seamos, pues, cultos, abramos ateneos de verdadera cultura en todas las barriadas, hagamos escuelas donde el niño reciba una educación racional y humana, fundemos la Universidad popular para que de allí salgan los hombres del porvenir para llevar a la humanidad por el camino de la felicidad, y venzamos al enemigo con las armas más potentes. Cultura e Inteligencia”²⁴.

Heterogeneidad

Diferentes denominaciones, diferentes tendencias, orientaciones e implicaciones ideológicas y estratégicas, etc. Como vemos, una característica siempre presente de los ateneos puestos en marcha en estos medios fue su heterogeneidad. Algunos ateneos podían actuar simplemente como la proyección de la acción de un grupo ácrata, “correas de transmisión” de la FAI o las JJLL, plataformas asociativas del treintismo, núcleos de expresión cultural de los militantes individualistas, ateneos donde primaba una línea ecléctica justificada por su finalidad básicamente “cultural”, etc. Centros de propaganda, cobertura de las actividades revolucionarias en tiempos difíciles, domicilio y lugar de reunión de círculos de militantes y jóvenes libertarios, espacios donde la tarea de difusión educativa era más acusada, en forma de creación de bibliotecas o escuelas para obreros... Los ateneos eran siempre alguna de estas cosas, y en ocasiones todo a la vez.

No podemos hablar, por tanto, de un único modelo de ateneo confederal o anarquista. De hecho, no existe durante estos años un referente teórico claro ante el cual los ateneos adapten sus objetivos, programa de actividades o funcionamiento. En los congresos y plenos no suelen aparecer demasiadas alusiones a estos centros; cuando lo hacen, se trata más bien de

²⁴ CUADRADO, Áurea, «En pro de los Ateneos Culturales Libertarios», *Nueva Humanidad*, Barcelona, 17.III.1933.

declaraciones de intenciones de tipo general (sobre la necesidad de intensificar la educación o la propaganda) que de normas o planes concretos de actuación. Tampoco abundan los folletos u obras en general de autores ácratas sobre esta cuestión.²⁵

La diversidad en cuanto a funciones, características, trayectoria, etc. fue la nota habitual. También en cuanto a actividades desarrolladas y recursos disponibles. Por lo que se refiere a estos últimos, cabe señalar, no obstante, que en general la situación económica de estas entidades era bastante precaria. En teoría, las cuotas de los afiliados proporcionaban la mayor parte de los ingresos, pero siempre resultaban insuficientes, por no hablar del problema siempre presente de los “morosos” y el impago de cuotas. Por ello, se recurría normalmente a mecanismos de financiación complementarios, como el establecimiento de suscripciones (y emisiones de sellos, tickets, etc.), cuotas extraordinarias, recaudaciones de veladas artísticas, venta o rifa de libros y folletos, donativos de particulares o de entidades hermanas, etc. Las peticiones de ayuda a sindicatos y a las principales organizaciones del movimiento eran también muy frecuentes. Era habitual recurrir a estos procedimientos cuando se trataba de costear algún proyecto cultural iniciado por el ateneo: escuela, biblioteca, periódico o revista, etc. La escasez de medios materiales era muy visible en lo que se refiere a los locales de estas entidades. Aunque había casos de ateneos con domicilios estables y suficientemente amplios para desarrollar sus actividades, esto era claramente la excepción. Muchos de ellos carecían de locales propios y se ubicaban en dependencias ajenas: del sindicato, del grupo anarquista, etc. A veces, estos espacios eran pequeños pisos o simples cuartitos. A la precariedad de espacios y medios habría que sumar la represión gubernamental o policial, factores que explican, entre otros, la poca estabilidad domiciliaria de estos centros.

Como ya vimos, las actividades de los ateneos no se reducían a las tradicionalmente consideradas como “culturales” o “educativas”. Sin embargo, éstas eran las que les otorgaban en primer lugar su razón de ser.

²⁵ Como excepciones, en la década de los treinta, podemos mencionar: ALBA, F., *La labor cultural de los Ateneos*, Barcelona, Ateneo Libertario de Sants, [s. d.] y BAJATIERRA, M., *Los ateneos libertarios. Su orientación. Su moral. Su táctica revolucionaria...*, Madrid, Biblioteca Plus Ultra, [s. d.].

Podríamos mencionar las prácticas excursionistas, deportivas y artísticas (constitución de cuadros teatrales y, en menor medida, musicales), así como la existencia de distintos mecanismos de extensión educativa: conferencias —muy frecuentes—, charlas y debates; cursillos; bibliotecas; escuelas, etc. También podría citarse la publicación de periódicos, revistas o boletines, en los que abundaban los artículos sobre temas culturales y éticos. Sin duda, uno de los proyectos más emblemáticos de estos centros solía ser la puesta en marcha de una escuela, auténtica obsesión para sus socios, aunque ello chocara habitualmente con obstáculos de tipo económico y también legal, a causa de la represión de las autoridades sobre los ateneos y el cierre periódico de sus locales. Las escuelas podían funcionar en régimen diurno para niños (en muchos casos hijos de los socios del ateneo), es decir, como escuelas “racionalistas”, y/o en horario nocturno —después de la jornada laboral— para adultos (mayores de catorce años). La financiación de la escuela (cuyo gasto principal, además del mantenimiento del local, era el pago del sueldo del maestro) se sustentaba en las cuotas y matrículas de sus alumnos, pero era muy frecuente recurrir a procedimientos extraordinarios para garantizar su supervivencia, casi siempre muy difícil por las razones ya comentadas. Cuando no era posible ponerla en marcha o costearla, se impartían al menos cursillos nocturnos para adultos (de materias como, por ejemplo, cultura general, esperanto, etc.) o ciclos de conferencias.

Otra parte esencial del aparato cultural de estos centros (y preocupación básica de sus miembros) era la biblioteca, verdadero centro neurálgico y símbolo de la vida del ateneo. En ésta figuraban obras de doctrina libertaria, prensa periódica “de avanzada”, textos literarios y científicos, etc. Estos centros solían solicitar —por lo general, en el momento en que anunciaban públicamente su constitución— a otras entidades similares libros, folletos, periódicos y revistas para dotar de los primeros fondos a sus respectivas bibliotecas, que podían ampliarse mediante compra o donativos de socios o simpatizantes, sindicatos y otros ateneos, etc. Todo ateneo, por modesto que fuera, debía contar al menos con un espacio dedicado a la biblioteca, aunque se tratara tan sólo (como ocurría en la mayor parte de los casos) de un armario o unas estanterías con algunos volúmenes, una mesa y sillas para sentarse.

La precariedad de estas escuelas o bibliotecas no debe hacernos olvidar los considerables esfuerzos de militantes y los recursos económicos

(en entidades no precisamente sobradas de ellos) que se invertían en su creación y mantenimiento, prueba de la importancia central que se les otorgaba como tareas fundamentales e irrenunciables de estos centros. Muchos proyectos y actividades culturales de todo tipo emprendidos por los ateneos se frustraban finalmente o quedaban muy limitados por los problemas económicos o la represión. Pero también intervenían otras razones, en particular las derivadas de las luchas internas o la dispersión de las energías militantes. En definitiva, como sucedía en general con otras iniciativas culturales en los medios libertarios, aparece un marcado contraste entre lo ambicioso de los proyectos emprendidos y la realidad de las realizaciones que finalmente podían ser llevadas a la práctica.

Los afiliados de estos centros eran en su totalidad trabajadores, y no necesariamente afiliados o militantes de sindicatos de la CNT o de la FAI. Entre ellos figuraba una minoría militante de socios fieles que solían participar habitualmente en sus actividades y acudían a las juntas y reuniones. Destacaba, en particular, el núcleo dirigente de fundadores y animadores del ateneo, que eran quienes ocupaban los principales cargos y formaban las comisiones (propaganda, prensa, biblioteca, escuela, etc.). La conducta de los asociados tenía una importancia esencial: ello puede apreciarse en las normas de ingreso²⁶ o en la posibilidad (llevada a la práctica cuando era necesario) de sustituir a aquellos afiliados cuyo comportamiento ético no fuera el “adecuado”. La mayoría de los socios eran hombres. A pesar de que eran centros en los que se planteaba teóricamente —en consonancia con buena parte del discurso libertario en este punto— la igualdad de hombres y mujeres, y a pesar de que se convocaba habitualmente a la participación de ambos sexos en sus actividades, otro asunto era la práctica cotidiana. En estos años la presencia de socios femeninos es minoritaria, y el número de cargos de responsabilidad que ocupan mucho más escaso, con lo que no parece alterarse mayoritariamente la tradicional discriminación societaria de las

²⁶ La forma más habitual de ingreso de un nuevo socio era la siguiente: éste debía ser propuesto por dos o más miembros del centro y acreditar su condición de obrero manual o intelectual. La propuesta de ingreso debía estar expuesta durante diez días en el tablón de anuncios oficial del ateneo. Si después de este período no había ninguna objeción de los afiliados, el sujeto era admitido.

mujeres ni el hecho de que la acción de éstas parece relegada a funciones y actividades consideradas de orden secundario. No obstante, cabría añadir que, paralelamente, y en especial en los ateneos vinculados a grupos de las JJLL (sobre todo en las barriadas de las ciudades), se percibe una tendencia al incremento de la presencia femenina (especialmente de mujeres jóvenes), que se consolidará durante los años de guerra.

Ello guarda relación también con otra característica de la vida en los ateneos en la década de los treinta, y es la importante presencia de la juventud obrera en estos centros. Los jóvenes trabajadores de ciudades y localidades industriales constituyeron, sin duda, su clientela básica y fueron, asimismo, los principales protagonistas de sus actividades sociales y culturales. A ellos dirigieron insistentemente sus llamamientos los ateneos, concebidos como escuelas de formación de la futura militancia y centros culturales y educativos de la clase obrera en su conjunto. Todo ello explica la estrecha relación existente entre estos centros y los núcleos de las JJLL, en principio con funciones similares. Esta relación, que es evidente en la práctica durante los años republicanos, será más visible durante la guerra, fundamentalmente porque será entonces cuando se consolide y vertebré definitivamente la organización juvenil ácrata.

Muchos ateneos tuvieron, en realidad, una trayectoria efímera y en la mayor parte de los casos su frágil supervivencia estuvo muy determinada por la habitual precariedad de medios económicos y humanos ya comentada, la dependencia de la suerte de las organizaciones libertarias a las que estaban vinculados, los problemas internos (organizativos, de enfrentamientos de tendencias y grupos de militantes, etc.) y una inestabilidad casi permanente muy condicionada por el contexto político y legal en que desarrollaban su labor, y en el que se alternaban —como sucedió durante la Segunda República— los períodos de persecución gubernamental con los de relativa normalidad y relanzamiento de sus proyectos sociales y culturales. Estos centros fueron objeto de represión periódicamente durante estos años por parte de las autoridades gubernativas (clausuras, detenciones, etc.), que los acusaban de formar parte de la trama insurreccional-revolucionaria levantada por los anarquistas contra la legalidad republicana. Ello provocó que los ateneos se movieran en un continuo “abrir y cerrar” de sus locales que hace que su relación con las

fuerzas del orden en este período se asemeje mucho a una historia de “ladrones y serenos”, en palabras de Pere Solà.²⁷

Quizás con el fin de contrarrestar esta inestabilidad y garantizar la supervivencia de los ateneos, se registraron durante los años republicanos diversos intentos de centralizar esfuerzos y de coordinar de alguna manera las actividades de estos centros. Además de la unión en casos concretos de ateneos vecinos, surgieron en este período iniciativas que tenían como objetivo la creación de una federación de todos los ateneos libertarios existentes en España. Una de ellas, por ejemplo, partió del Ateneo de Divulgación Social de La Línea (Cádiz), que proponía en las páginas de *Tierra y Libertad* la constitución de una Federación Ibérica de Ateneos (FIA) con el fin de “combatir la ignorancia”.²⁸ Asimismo, en 1933 el semanario racionalista *Nueva Humanidad* (que actuaba, de hecho, como plataforma de expresión y de interrelación de las escuelas racionalistas y ateneos libertarios en Cataluña) sugería la creación de una Federación de Centros de Cultura Racionalista de toda España. Sin embargo, estos proyectos no llegaron a materializarse y la idea de una federación —de

²⁷ SOLÀ, Pere, «Educació popular i comunisme llibertari al medi urbà, anys trenta: una mostra d'ateneus de l'àrea barcelonina», en *L'educació al món urbà. Actes de les IX Jornades d'Història de l'Educació als Països Catalans*, Barcelona, Universitat de Barcelona-Diputació de Barcelona, 1987, pág. 411. Una de las razones argüidas habitualmente en defensa de la reapertura de estos centros era la necesidad de que las escuelas instaladas en sus dependencias continuaran dando clases a sus alumnos, para que los niños no se vieran “envueltos en la atmósfera educacional insana de la calle y en los consiguientes peligros materiales que encarna”, como se señala en una carta del Ateneo Obrero Cultural del barrio de La Salut de Barcelona al consejero de Gobernación de la Generalidad de Cataluña, en febrero de 1934. Citado en: SOLÀ, Pere, «Educació popular...», pág. 411-412.

²⁸ Las características de la nueva federación deberían ser: 1) se organizaría en una federación nacional y federaciones regionales, comarcales y locales; 2) se crearía un sello federal. Los beneficios obtenidos con éste se destinarían a gastos de administración, escuelas racionalistas, desplazamientos de oradores, pintores y músicos por las distintas federaciones regionales y comarcales, etc.; 3) al constituirse un nuevo ateneo, cada ateneo de su regional correspondiente estaría obligado a donarle un libro para crear su biblioteca; 4) se proyectaría la creación de una “biblioteca volante”; y 5) la existencia de la FIA serviría a los ateneos para “defendemos mejor de las represiones que ejerce el gobierno contra nuestros centros culturales”. («A todos los ateneos libertarios», *Tierra y Libertad*, Barcelona, 14-X.1932).

carácter autónomo y diferenciada de organizaciones como la CNT, la FAI o las JJLL— de ateneos y centros de cultura afines al movimiento ácrata será en buena medida una asignatura pendiente durante los años de la República. Todo ello a pesar de que militantes destacados como Joan Peiró opinaban que sólo la mayor autonomía e independencia de estos centros garantizaría *de facto* su supervivencia.

Habrà que esperar, sin embargo, hasta la guerra para que se consoliden algunos organismos de este tipo. Las circunstancias y los condicionantes para su creación eran ya distintos. En esos momentos, la tendencia centralizadora que experimentaba la organización confederal y anarquista contribuyó a la constitución de estas plataformas. En Madrid, por ejemplo, se fundó la Federación Local de Ateneos Libertarios (con una intensa e interesante actividad en el campo educativo);²⁹ también en Barcelona se constituyó por entonces otra entidad similar. Por lo que sabemos, fracasó en ambos casos la tentativa de fundar federaciones regionales, si exceptuamos el caso de la Federación Regional de Escuelas Racionalistas de Cataluña, que reunía sólo a una parte de estos centros en ese ámbito geográfico. Tampoco fructificó la creación de una federación “ibérica” o “nacional” de ateneos.

Una trayectoria accidentada (1931-1939)

La trayectoria de estas entidades durante los años de la Segunda República transcurre en paralelo a la situación general del conjunto asociativo libertario y de la organización confederal y ácrata en esos momentos, y puede resumirse brevemente como sigue. De 1931 a 1933 se produce un aluvión de fundaciones (o refundaciones de centros de este tipo existentes en épocas precedentes) que permite crear una trama de ateneos libertarios en numerosas localidades y en los barrios de las ciudades más importantes. Un ejemplo es el caso de Barcelona. En los primeros meses de la República se constituyeron numerosos ateneos en los distintos barrios del área metropolitana y en sus comarcas vecinas. A partir de esos momentos, y hasta 1933, el movimiento libertario barcelonés vivió un período de

²⁹ Véase, para todo lo relativo al origen y trayectoria de esta federación: BERNALTE, Francisca, *La cultura anarquista en la República y en la guerra civil: los ateneos libertarios de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 1991.

efervescencia cultural sin precedentes, sólo comparable al que se experimentó también en los meses iniciales de 1936: puesta en marcha de escuelas racionalistas, agrupaciones culturales, centros de estudios, núcleos excursionistas, asociaciones esperantistas, etc.

Aunque ya empieza a manifestarse en 1932, al año siguiente la represión provoca la paralización de la actividad o la desaparición de muchos de estos centros, agravadas por problemas de tipo económico u organizativo, tan letales como la persecución gubernamental. La acción combinada de estos tres elementos se muestra siempre negativa y a menudo catastrófica. Por lo que se refiere a Barcelona, a finales de abril de 1933 se había producido ya la clausura de los principales centros culturales libertarios de la ciudad (Faros, Clot, Gràcia, etc.). Efectivamente, durante el año 1933 se alcanzó el clímax en esta espiral de represión, como respuesta contundente al clima insurreccional y a la convocatoria de huelgas generales revolucionarias por parte de los anarquistas. En septiembre de ese año se criticaba con dureza desde *Solidaridad Obrera* a la Generalidad de Cataluña por permitir que continuaran cerrados entre quince o veinte ateneos libertarios (“*exclusivamente culturales*”) clausurados en enero, con el consiguiente perjuicio para los niños de las escuelas que allí funcionaban.³⁰ La represión continuó asimismo durante el año 1934, especialmente a partir de octubre.³¹ Durante todo este período descendió lógicamente la actividad cultural en estas entidades, muy afectadas por la acción conjunta de la hostilidad gubernamental y la desmovilización. En abril de 1934, por ejemplo, el Ateneo Racionalista de Barcelona anunció su disolución a causa de la persecución oficial, pero también del “poco interés” de sus socios.

³⁰ PORTELA, «La cultura de la Generalitat y los Ateneos Libertarios», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 17.IX.1933. Durante el año 1933 se multiplicaron los artículos y manifiestos en la prensa que protestaban por la prolongación de la clausura a estos centros. Véase, como ejemplo, el «Documento que elevan los Ateneos y Agrupaciones de Cultura de Barcelona y su radio al Gobierno Civil de Barcelona», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 1.VII.1933.

³¹ De hecho, en abril del año siguiente se reclamaba desde *Solidaridad Obrera* la “*reanudación del funcionamiento legal de nuestros ateneos*” («Por el derecho de asociación. A la apertura de los Sindicatos hay que unir la apertura de los Ateneos», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 23.IV.1935).

A finales de 1935 pareció recuperarse la vida social y cultural en los ateneos, de manera paralela a la reactivación de las secciones de cultura de los sindicatos y de los grupos anarquistas. Volvieron de nuevo a celebrarse festivales artísticos, se organizaron conferencias y cursillos, se reabrieron las escuelas y recuperaron su actividad los grupos excursionistas. A principios de 1936 se levantó la clausura sobre numerosos sindicatos y centros ácratas; los meses siguientes a la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero constituyeron un período propicio para la reorganización de muchos ateneos que habían conseguido salvar a duras penas la represión y los problemas internos (económicos, organizativos, etc.) que los amenazaron de 1933 a 1935. Se asiste ahora incluso a un resurgimiento de centros culturales libertarios creados y disueltos en los primeros años republicanos. En esta nueva coyuntura llena de expectativas —y marcada por el crecimiento de la afiliación a los sindicatos y grupos y por la reunificación de la familia confederal tras el Congreso de Zaragoza en mayo— se produce un incremento, en general, de la actividad cultural de estas entidades.

El proceso revolucionario abierto en julio de 1936 no hizo sino consolidar esta tendencia y proporcionó un marco idóneo para el florecimiento de los *ateneos libertarios*, denominación que muchos adoptaron ya abiertamente a partir de esas fechas. Se crearon nuevos centros de este tipo y esta expansión fue muy visible en zonas de la España republicana donde no existía una trama ateneística con anterioridad. En lugares donde ya funcionaba esa red en los años republicanos —aunque fuera de manera inestable—, sucedieron varias cosas. La posibilidad de actuar ahora de manera abierta y legal, y de disponer de nuevos y más amplios locales (inmuebles requisados o centros de distinta ideología “reconvertidos”), así como el crecimiento del número de afiliados (y, por tanto, de los ingresos) permitieron, sobre todo en los años 1936 y 1937, que reverdecieran centros que habían atravesado numerosas dificultades antes de la guerra. Algunos de éstos desarrollaron una actividad muy intensa durante el primer año de la contienda; parecía que ahora era posible llevar a la práctica numerosos proyectos culturales (creación de escuelas, bibliotecas, etc.) desestimados antes por falta de dinero, locales o cobertura legal. Todo parecía indicar que los ateneos podían vivir ahora una auténtica “edad de oro”.

Sin embargo, esta nueva etapa habría de imponer sus condicionantes. En primer lugar, lógicamente, por los problemas derivados de las propias exigencias bélicas: buena parte de los afiliados —muchos de ellos, jóvenes— de estas entidades fueron movilizados y tuvieron que marchar al frente; asimismo, la mayoría de sus militantes más capacitados (y, por tanto, los que mejor podían animar y estimular la vida cultural de los ateneos) pasaron a ocuparse de otras tareas relacionadas con la guerra o las transformaciones revolucionarias en el terreno social o económico (cargos en comités, colectividades, etc.). Por otra parte, el rumbo de la contienda no favoreció precisamente el incremento del entusiasmo por las actividades culturales, relegadas a un dominio cada vez más reducido. Asimismo, la labor cultural desarrollada por estas entidades estuvo cada vez más determinada por el contexto bélico. En muchos casos, ésta tenía como fin último la ayuda al esfuerzo de guerra, las milicias, los refugiados, etc. Las veladas y los festivales benéficos o los actos de solidaridad y homenaje se convirtieron, por ejemplo, en una de las prácticas más habituales en locales de ateneos o de las JLL.

Pero, asimismo, la trayectoria de los ateneos se vio condicionada por una tendencia que afectaría al conjunto del entramado asociativo libertario. Tuvo que ver con la situación social y política que se fue dibujando en el bando republicano tras las primeras semanas revolucionarias: una dinámica que presenció la paulatina recuperación de los resortes del poder por parte del Estado y la recomposición del Gobierno central. El movimiento cenetista y anarquista, como es sabido, se sumó a esta tendencia adoptando mayoritariamente una estrategia colaboracionista e integracionista, que tuvo su culminación con la entrada de cuatro ministros confederales en el nuevo gabinete de Largo Caballero en noviembre de 1936. Todo ello implicaba participar en un juego de competencia política con otras fuerzas del bando republicano para intentar influir en la marcha del nuevo Estado y mantener en la medida de lo posible las conquistas y parcelas de poder logradas en el período revolucionario. En este panorama, las organizaciones centralizadas, con una trama asociativa sólida y jerarquizada, y capaces de mantenerse con vida y de luchar (según las nuevas reglas impuestas por la situación política) con partidos y asociaciones rivales para conservar o consolidar sus posiciones, desarrollarían un papel fundamental. Ello entraña en

contradicción con el comportamiento tradicional del anarquismo en materia cultural, de carácter descentralizado y autogestionario. Refiriéndose de manera general a la situación de la trama asociativa libertaria durante los años de la contienda, Pere Solà subraya que la acción cultural ácrata se había construido tradicionalmente sobre la base de “*una crítica del poder estatal, incluso de izquierdas*”: “*Pero lo que pasa es que el anarcosindicalismo se convierte ‘de facto’ en un poder estatal; por un lado, muchos de los militantes de los ateneos de la época republicana o de otras instituciones de inspiración ácrata son aspirados por las nuevas estructuras de estado. De un estado en guerra, en revolución y en reestructuración económica muy vasta. Ello debilita a estas asociaciones [...]. Pero además, la sobreestatización (reforzamiento de las estructuras coactivas del estado, abolición de libertades fundamentales, etc.) implica la inoperancia de una táctica liberal de persuasión y acción, la cual, en el fondo, presupone unas libertades formales en las que operar. Uno podría preguntarse por la acomodación de las formas asociativas propias del movimiento anarquista a las condiciones del nuevo estado (me refiero al del Frente Popular ‘exhumado’) en el caso de que éste hubiera durado. Claro que esto sólo es un futurible, de dudoso interés real. Ni el reforzamiento del estado controlador policiaco ni el del estado asistencial iban en el sentido del desarrollo de la ideología ácrata [...] la evolución de la FAI, hasta su entrada, en plena recesión del proceso revolucionario, en la legalidad ‘vigente’ en materia asociativa es un claro presagio del tipo de ‘acomodaciones’ que la nueva ‘situación’ imponía*”.³²

En definitiva, las nuevas circunstancias (tendencia a la centralización, reforzamiento del poder estatal, etc.) fueron imponiendo poco a poco un modelo de acción cultural diferente al que tradicionalmente habían desarrollado estos centros. A los ateneos les quedaban dos opciones: o bien crear plataformas federativas propias para sobrevivir con una cierta —aunque condicionada— autonomía (un ejemplo fue la creación de la ya mencionada Federación Local de Ateneos Libertarios de Madrid) o bien integrarse en organismos como las JJLL o la FAI, que convirtieron a

³² SOLÀ, Pere, «La base societaria...», pág. 372-373.

aquellos centros en la “segunda línea”³³ (y en “canteras” de barriada) de sus respectivas organizaciones.

Esto último fue lo que ocurrió de manera más acentuada en determinados lugares de la España republicana, donde las tramas ateneísticas confederales y ácratas se fueron subordinando de manera clara a las redes organizativas de las JJLL o la FAI, como es el caso del País Valenciano, por ejemplo. Ni existían allí plataformas previas de coordinación de los ateneos ni se consiguió constituir comités, federaciones u organismos superiores propios que coordinaran sus actividades y permitieran una cierta “autonomía” institucional dentro del movimiento libertario. Esto condujo a una dependencia e integración cada vez mayor de éstos en sus estructuras. Los ateneos empezaron a desempeñar cada vez más el papel de agrupaciones de la FAI o de las JJLL, delegaciones administrativas que tenían que hacer frente en muchos casos a nuevas y desconocidas funciones burocráticas: participación en órganos de poder, comités, etc.

Otro fenómeno habitual fue que los ateneos pasaron a convertirse sin más en los locales donde desarrollaban su labor los distintos grupos de Juventudes Libertarias, presentándose bajo la denominación de *Ateneo Cultural* o *Ateneo de JJLL*, y la identificación entre ambos términos llegó a ser casi absoluta.³⁴ Esto no era una novedad en la práctica, ya que los jóvenes anarquistas habían sido los principales protagonistas de la vida cultural en estos centros durante la etapa republicana. Por otra parte, el amparo y patronazgo de las JJLL sobre los distintos ateneos resultaba

³³ Lo de los ateneos como “segunda línea”, aparece en un dictamen sobre estructuración de la FAI aprobado en un pleno de esta organización. Véase: FAI, *Memoria del Pleno Peninsular de Regionales celebrado los días 21, 22 y 23 de febrero de 1937*, Barcelona, Prensa y Propaganda del Comité Peninsular FAI, 1937, pág. 5.

³⁴ En ocasiones, los ateneos se conciben, incluso en estos momentos, como el primer escalafón de la organización juvenil libertaria, con una función similar — actúa prácticamente como sinónimo— a la de la “agrupación”; en peldaños superiores se situarían las federaciones locales, comarcales y regionales de las JJLL, hasta llegar al Comité Peninsular de la FIJL. El afiliado recibía primero un carnet de miembro de un “ateneo cultural” y después uno de afiliado de la FIJL. La pertenencia al ateneo era interpretada, por tanto, como una especie de paso previo para los afiliados todavía no concienciados.

coherente desde la perspectiva de la lógica interna del movimiento confederal y anarquista y, por ello, era aceptado sin demasiados problemas en el seno de éste. Teóricamente, era esta organización —que desde sus inicios había sido presentada como la encargada sobre todo de formar a los jóvenes y de introducirlos en las ideas ácratas— la que mejor podía ocuparse de los aspectos culturales y formativos. Era natural, por tanto, que asumiera el control sobre la mayoría de los ateneos ya existentes, y que creara paralelamente otros nuevos. No obstante, las circunstancias políticas y sociales obligaban ahora a las JJLL a ocuparse de otras cuestiones no exclusivamente educativas (por ejemplo, la lucha por la hegemonía en el movimiento juvenil con otras organizaciones rivales). En general, este proceso de identificación no conllevaba necesariamente una pérdida de dinamismo social y cultural para los ateneos, pero sí asociaba definitivamente su suerte a la de la organización juvenil.

Lo mismo puede decirse de otros ateneos —especialmente los llamados *ateneos anarquistas* o de *divulgación anarquista*—, más próximos a la FAI que a las JJLL, que experimentaron, sin embargo, un proceso de integración orgánica similar. En el Pleno Peninsular de la primera organización celebrado en Valencia del 4 al 7 de julio de 1937 se consumó la conversión de la Federación Anarquista en un organismo centralizado con una estructura piramidal, cuya base estaría constituida por las agrupaciones locales o de distrito. Muchos ateneos pasaron a desempeñar esta última función. Pocos días antes, el Pleno de Federaciones Locales y Comarcales de Grupos Anarquistas de Levante había aprobado el siguiente dictamen, a presentar en el comicio peninsular mencionado: “*Nueva modalidad orgánica que proponemos al Pleno: La FAI estará constituida a base de secciones o agrupaciones de barriada, para lo cual pueden ser utilizadas las divisiones establecidas por los actuales Ateneos donde existan, pasando a éstos en su aspecto cultural a integrar una de las actividades de la agrupación, en las que puedan tomar parte individuos no anarquistas*”.³⁵

³⁵ *Pleno de Federaciones Locales y Comarcales de Grupos Anarquistas de la Región de Levante, celebrado los días 27 y 28 de junio de 1937*, Valencia, Ed. FAI, s. d.[1937], pág. 17. Anteriormente, en un pleno regional celebrado el mes de abril de ese año, se había aprobado un dictamen sobre propaganda que, en su punto primero,

El problema era que difícilmente los ateneos podían adquirir protagonismo desarrollando actividades culturales en el seno de un organismo —la FAI— en el que éstas ya no constituían un ámbito de acción prioritario, absorbidos sus militantes en esos momentos por cuestiones relacionadas con el conflicto bélico y la organización política, social o económica de la retaguardia. Así lo corroboraría el escaso dinamismo en ese campo de las agrupaciones FAI, surgidas tras la legalización de los grupos ácratas y la mencionada reestructuración de la organización anarquista en la segunda mitad de 1937.

Una funcionalidad múltiple

A grandes rasgos, y como ya hemos venido apuntando, entre las acciones desarrolladas por los ateneos puestos en marcha por los militantes anarquistas y anarcosindicalistas españoles en estos años, podrían distinguirse dos tipos de funciones básicas, en todo caso estrechamente interconectadas: unas, que podríamos denominar de tipo *interno* al propio movimiento libertario y, otras, de proyección *externa* de éste. Por lo que se refiere a las primeras, es evidente que los ateneos actuaban como canales extrasindicales donde se socializaba y capacitaba a la propia militancia (convirtiéndose así en lugares de aprendizaje y “fraguas” de anarquistas) mediante el despliegue de diversas prácticas sociales y culturales. Esta función revestía una importancia nada secundaria. Anna Monjo ha subrayado en sus trabajos sobre el sindicato cenetista en la Cataluña de la década de los treinta³⁶ que los ateneos proporcionaban una vía esencial de formación ideológica (otra era la lectura de la prensa y los libros y folletos

señalaba: “*Que en cuantas barriadas haya posibilidad, se creen Ateneos culturales, Grupos artístico-literarios, de cultura física y juventudes libres de ambos sexos*” (*Memoria del Pleno Regional de Grupos: celebrado en Alicante durante los días 11, 12, 13, 14 y 15 del mes de abril de 1937*, Valencia, Nosotros, s. d. [1937], p. 112).

³⁶ MONJO, Anna, «Afiados y militantes: la calle como complemento del sindicato cenetista en Barcelona de 1930 a 1939», *Historia y fuente oral*, 7, 1992; «Barrio y militancia en los años treinta», en OYÓN, José Luis (ed.), *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània, 1998, así como, especialmente, el reciente libro que recoge su tesis doctoral: *Militants. Participació i democràcia a la CNT als anys trenta*, Barcelona, Laertes, 2003.

ácratas) para quienes deseaban convertirse en militantes cenetistas activos, dada la inexistencia de canales de formación propiamente sindicales. Hay que tener en cuenta que la mayoría de afiliados y militantes de empresa se mantenía, por lo general, al margen de estos cauces formativos. Estas entidades, por tanto, permitían conocer, a través de la organización de charlas y conferencias, “*lo que era el anarcosindicalismo y la situación de la CNT en cada coyuntura política*”, a la vez que ejercían una labor de alfabetización y culturización de la militancia de base por medio de recursos como las bibliotecas existentes en sus locales. Conviene recordar que “*uno de los requisitos para ser militante de la CNT era aprender a leer y escribir y adquirir los suficientes conocimientos de filosofía anarquista, sociología y lucha social que le permitiera intervenir en las discusiones de la organización*”.³⁷ Así pues, la frecuentación de ateneos, la utilización de su aparato cultural (escuela, biblioteca, etc.) y la práctica de las diferentes actividades que se desarrollaban en éstos (desde los debates y conferencias hasta las excursiones pasando por las veladas teatrales), resultaban esenciales en este proceso de conversión del simple afiliado en militante. A estas entidades podían tener acceso simpatizantes y personas no afiliadas a organizaciones confederales o anarquistas, que se familiarizaban así con la vida, la cultura y la ideología libertarias.

Los ateneos funcionaban como vehículos de transmisión ideológica y como agentes socializadores. Eran plataformas de acción política y social, pero también de instrucción y de ocio. En este último sentido, cabe destacar su papel como lugares de reunión y espacios de sociabilidad en los que se fomentaban, por ejemplo, unos determinados hábitos de inversión “consciente” y “útil” del tiempo libre de los trabajadores, que se postulaban como alternativos a otros considerados como degradantes: consumo de alcohol y visita a tabernas y bares, juego de apuesta, prostitución, etc. De un modo más general, estos centros actuaban como conformadores de una identidad de grupo. Los ateneos, así como las prácticas sociales y culturales desplegadas en éstos, tenían una importancia central en el proceso de construcción y articulación de una cultura política propia (heterogénea en sus perfiles: “anarquista”, “sindicalista”, etc.) y en la configuración y

³⁷ MONJO, Anna, «Afiliados y militantes...», pág. 88-89, y *Militants...*, pág. 369-374.

afirmación de una identidad obrerista y libertaria. En estos centros se consolidaban los vínculos comunitarios (creando un “nosotros”, requisito de la movilización) y la cohesión del grupo y se reforzaban, en definitiva, los lazos de pertenencia a la familia ácrata.

Estas entidades operaban como espacios de expresión y materialización de una determinada cultura militante en sus más variados aspectos. Esto incluía no sólo la transmisión de los postulados ideológicos generales del pensamiento anarquista o de las estrategias y consignas de la organización confederal y ácrata, sino también la socialización de unas determinadas pautas culturales, prácticas y comportamientos propios y distintivos, a través de los cuales se configuraba y reflejaba el “ser” y el “sentir” libertarios: rebeldía ante el orden social establecido, solidaridad entre los oprimidos, autogestión y federalismo, anticlericalismo, etc. Cabe subrayar, en particular, la difusión en estos años de una serie de actitudes y valores y el fomento de unas prácticas que implicaban la reformulación en clave progresista y revolucionaria de determinados comportamientos sociales, conductas personales y patrones de convivencia en la vida diaria concebidos como alternativos a los dominantes: sexualidad y relaciones de pareja, rol social de la mujer, salud e higiene, naturismo, acceso a la cultura y la ciencia, antimilitarismo y pacifismo, secularización de los hábitos y costumbres, etc. Los ateneos podían actuar, así, desde la perspectiva ácrata, como laboratorios de experimentación social del comunismo libertario en un sentido amplio, en los que se ensayaran diferentes aspectos (siempre, no obstante, discutidos en su naturaleza, alcance y aplicaciones) de una vida al margen del Estado: *“El concurso de la mujer y su asimilación de las nuevas corrientes ideológicas, se lleva a cabo con gran facilidad en los medios ateneístas. Lo mismo podemos afirmar del espíritu de confraternización, y estímulo de afinidades, tan necesarios para la feliz cohesión en el despliegue de nuestros ímpetus manumisores”*.³⁸

Asimismo, un periodista de *Nueva Humanidad* señalaba, en marzo de 1933, tras visitar el local de la Agrupación Cultural Faros de Barcelona: *“Cuando llegué a la agrupación, se oían infinidad de voces jóvenes. Son*

³⁸ «Movimiento de ateneos. Persistamos», *Nueva Humanidad*, Barcelona, 13.V.1933.

*los hombres nuevos, las mujeres nuevas, que afluyen al campo anarquista con ansias de elevación cultural y emancipación integral. Cambio rápidos saludos con todos. Somos los mismos; nos conocemos de todo, de los mítines, de las conferencias, de las jiras...”*³⁹

Evidentemente, esta acción sociocultural no tenía una dimensión exclusivamente interna. Los ateneos ejercían también en general, como señala Anna Monjo, una labor “*difusora de conocimientos prácticos para la vida cotidiana, referentes al ámbito de la salud, la sexualidad, el conocimiento científico y sociológico del mundo*”.⁴⁰ Desde ese punto de vista, cabría vincularlos a todo un sector del asociacionismo de izquierdas, republicano, socialista o ácrata, que actuó —en palabras de Pere Solà— como “*punta de lanza*” del cambio social, promoviendo la discusión y llevando a cabo iniciativas en torno a temas como “*el problema escolar, el del papel moderno de la mujer, las cuestiones de salud, higiene, naturismo, ecologismo ‘avant la lettre’, la formación de adultos, etc.*”.⁴¹ A la altura de las décadas de 1920 y 1930, la difusión de nuevos valores a través de estas entidades tenía mucho que ver con la modernización de los comportamientos sociales y la generalización de prácticas secularizadoras en muchos ámbitos de la vida diaria, que encontró un escenario adecuado en la época de entreguerras. Como hemos visto, los

³⁹ REPÓRTER, «Dos horas en la Agrupación Pro-Cultura Faros», *Nueva Humanidad*, Barcelona, 24.III.1933. Asimismo, al mes de comenzada la guerra, J. García Pradas destacaba en *Juventud Libre* (órgano de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias) que los ateneos libertarios proporcionaban en su praxis diaria un ejemplo de “*verdadera democracia*”: “*todo es discutido y analizado en ellos; nada queda exento del examen racional de los militantes*”. El constante debate de ideas, posturas y estrategias se convertía así en una magnífica “*gimnasia*” para establecer un modelo de comportamiento social: “*De aquí resulta que dedicar una tarde a visitar los Ateneos equivale a encender de inquietudes, someterse a la gimnasia socrática de las interrogaciones, plantearse una infinidad de problemas actuales y adquirir, en fin, una magnífica tensión de preocupaciones importantes*”. GARCÍA PRADAS, J., «La socialización asegura el triunfo del pueblo en armas. Obra y ambiente de nuestros ateneos libertarios», *Juventud Libre*, Madrid, 20.VIII.1936.

⁴⁰ MONJO, Anna, «Barrio y militancia...», pág. 146.

⁴¹ SOLÀ, Pere, «Poderes y asociacionismo en la España contemporánea (siglos XIX y XX). Algunas consideraciones», en CASTILLO, Santiago y ORTIZ DE ORRUÑO, José María (coord.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social, Universidad del País Vasco, 1998, pág. 366-367.

protagonistas de la acción cultural llevada a cabo en los ateneos eran jóvenes obreros, especialmente receptivos al debate y la divulgación de estas actitudes —en los hábitos mentales y la cotidianeidad— en aspectos como el rol social de la mujer, la sexualidad y las relaciones de pareja, el acceso a la cultura y la ciencia, la relación con la naturaleza, el establecimiento de un código de vida laico, etc.

Todo ello nos introduce en el otro tipo de acciones y funciones desarrolladas por los ateneos y que calificábamos más arriba como de carácter *externo*. Ya hemos mencionado su cometido como instrumentos de extensión cultural y de promoción educativa de los trabajadores, y cómo su contribución a esta causa los inserta en la amplia tradición de los ateneos populares, progresistas y obreros existentes en España desde la segunda mitad del siglo XIX. En los ateneos ácratas se luchaba contra el analfabetismo, se organizaban actividades como cursos o conferencias, se creaban escuelas racionalistas y bibliotecas, etc. Concebida como un arma de emancipación social, la educación de las clases populares se convierte así en una prioridad, porque facilita a éstas la adquisición de conocimientos científicos, culturales, sociológicos y artísticos de diferente índole.⁴²

Pero no era éste el único ámbito de acción comunitaria en el que los ateneos de inspiración confederal y libertaria pretendían actuar, ya que entre sus objetivos se encontraba el enraizarse plenamente en la vida cotidiana de las barriadas populares de las ciudades donde surgían, ofreciendo a los trabajadores —siempre en función de sus posibilidades,

⁴² En opinión de Pere Solà, la demanda de instrucción aparecería así como “*uno de los motores más potentes del asociacionismo de izquierdas, moderado, republicano o revolucionario*” (SOLÀ, Pere, «Poderes y asociacionismo...», p. 366). Para este autor, y en un sentido más general, el grado de alfabetización y de instrucción de la población estaría vinculado no sólo a la escolarización sino también a la vitalidad asociativa y a “*l’oferta privada de les xarxes associatives civils i eclesiàstiques [...] és evident que, a la fase prèvia a l’imperi dels ‘mass media’ moderns i quan l’escolarització pública no havia assolit encara el nivell dels darrers quaranta anys, la difusió de la cultura i de la instrucció populars passava en bona mesura per l’oportunitat culturitzadora propiciada per la xarxa associativa*”. En este sentido, la red de ateneos urbanos, por ejemplo, “*va tenir un pes específic en l’educació popular de les dues darreres dècades del segle XIX*” (SOLÀ, Pere, *Història de l’associacionisme català contemporani. Barcelona i les comarques de la seua demarcació*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1993, pág. 16).

casi siempre muy limitadas— una oferta global social, cultural y de ocio de vocación emancipadora. En agosto de 1936, García Pradas señalaba que se había hecho “*todo lo posible para lograr que hubiese uno [un ateneo] en cada barriada madrileña, aunque ésta fuese poco importante*”.⁴³ Algunos de estos ateneos confederales madrileños asumieron en esos momentos, como hemos visto, esferas de competencia en los barrios que excedían lo estrictamente cultural o educativo. Este militante destacaba la importancia de los ateneos (“*cuyo nombre no se ajusta a la diversidad de sus funciones*”), que habían adquirido “*más importancia que los Sindicatos*” y que podían considerarse “*piedras angulares de la socialización directa*”. García Pradas no dudaba en afirmar que estas entidades eran “*capaces de controlar la vida de una barriada en todos los aspectos*”.

Una de las características de la actuación de la militancia confederal y ácrata en la década de 1930, tal como subraya Anna Monjo, es que ésta no circunscribía su acción a la labor sindical o propagandística, sino que su intención era influir en todos los ámbitos de la vida social obrera: el lugar de trabajo, los espacios de ocio, la calle y el barrio, etc. De hecho, esto explicaba en buena medida —además del prestigio sindical adquirido por la CNT dentro del proletariado— su éxito y arraigo social (su capacidad movilizadora y generadora de adhesión, en definitiva) en el caso, por ejemplo, de la Barcelona de esos años.

Uno de los instrumentos disponibles, en este sentido, eran los ateneos libertarios: profundamente enraizados en los barrios, ofrecían a los trabajadores que vivían en éstos una oferta cultural y de ocio guiada por un propósito general de emancipación moral, social y cultural: “*Els Ateneus constitueixen un d'aquests focus d'influència des d'on es difonien tot tipus d'activitats culturals i d'oci per als treballadors, i es convertien en àmbits d'esbarjo en què s'intentava alhora progressar culturalment i humanament [...]. Encara que molts d'aquests treballadors no assistissin a les activitats proposades pels Ateneus, la vida del barri girava al seu entorn i atorgava als seus animadors un gran prestigi, ja que la seua formació era més elevada de la que corresponia a la mitjana obrera [...]. Les activitats de l'Ateneu donaven un sentit cultural a la vida del barri i dignificaven, en*

⁴³ GARCÍA PRADAS, J., «La socialización asegura el triunfo...».

certa manera, la condició social de l'obrer, de treballador, en difondre en el seu àmbit d'influència uns elements d'anàlisi de la societat, uns valors nous que resituaven els treballadors en un pla d'igualtat respecte a la burgesia i promovia l'orgull de pertànyer a la classe obrera. Un dels objectius dels Ateneus era captar el més gran nombre d'assistents als seus actes. D'això es desprèn, per tant, que s'intentés sempre seleccionar qüestions que interessessin els treballadors, i que se centressin en preocupacions pròpies de la vida quotidiana [...]. D'aquesta manera, es promovia una intensa projecció de les idees emancipadores i llibertàries al barri on estaven situats".⁴⁴

Si el contacto con el barrio era la expresión de la proyección social del movimiento confederal y de su inserción en el mundo popular —y una de las razones que explicaban su cohesión—, los ateneos eran sin duda una de sus manifestaciones asociativas más evidentes. Para Pere Solà, "*els ateneus llibertaris de l'època republicana formaven part d'una estratègia clara d'intervenció urbana i de preparació d'una societat comunista*". El objetivo principal era la creación, desde una perspectiva revolucionaria, de "*les bases per a una autogestió en el camp cultural, educatiu, sanitari, etc.*".⁴⁵ Se trataba, en definitiva, de formas de movilización ciudadana⁴⁶ (y

⁴⁴ MONJO, Anna, *Militants...*, pág. 378-380. Una de las personas entrevistadas por esta historiadora señala, en este sentido, que en los ateneos "*tots els dies havia gent allà, permanentment dissabtes o diumenges, 70 o 80 persones. Eren famílies senceres [...] el marit havia començat a vindre, havia una funció i venien la dona i els nens. Es van convertir en cenetistes. Gent de barri que la coneixíem tots, no n'hi havia, de desconeguts*".

⁴⁵ Ambas citas, en SOLÀ, Pere, «Educatió popular i comunisme llibertari...», pág. 406 y 417, respectivamente.

⁴⁶ Jorge Uría ha subrayado también —siguiendo en este punto a Solà— cómo "*los poderes emergentes pueden valerse del asociacionismo para intentar modernizar las estructuras sociales del Estado, sirviéndose de la capacidad movilizadora generada en torno a cuestiones de notable impacto popular como puedan ser la educación, la higiene o la salud*". Parte de ese asociacionismo de izquierdas —no así en el caso anarquista— se implicará durante los años de la Segunda República en la gestión estatal, obrando así como "*un eficaz mecanismo de integración en el Estado*" (URÍA, Jorge, «En torno a las comunicaciones presentadas a asociacionismo», en CASTILLO, Santiago y ORTIZ DE ORRUÑO, José María (coord.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social,

que cabe integrar, por tanto, en el marco general de la cultura urbana de la época) que actuaban, además, sobre esferas de la vida cotidiana donde la acción público-estatal presentaba más deficiencias y donde existía una importante demanda popular en este sentido: educación y sanidad,⁴⁷ pero también vivienda, ocio, etc.

Solà destaca que los ateneos surgen asociados a las barriadas industriales y obreras de grandes ciudades (Barcelona, por ejemplo), en las cuales el gran crecimiento demográfico (favorecido por una considerable afluencia de mano de obra inmigrante) y urbano agravó las ya notables deficiencias en las infraestructuras mencionadas.

De hecho, la importancia del asociacionismo popular en el proceso de integración social de la población inmigrante para el caso de los barrios industriales —especialmente en el campo de las funciones asistenciales, educativas y de ocio— ha sido ya subrayada por lo que se refiere a la Barcelona de las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX.⁴⁸

La escuela era, por ejemplo, uno de esos ámbitos donde, debido al enorme déficit de instalaciones, equipamientos y plazas escolares elementales, estas carencias resultaban más evidentes, y sin duda la insistencia en la instrucción elemental y en la formación extraescolar de las clases populares es uno de los elementos que ayudan a entender el prestigio de los ateneos entre las clases trabajadoras españolas de la época. Un joven militante señalaba en las páginas de la publicación libertaria gallega *Brazo*

Universidad del País Vasco, 1998, pág. 342-343).

⁴⁷ Podría mencionarse, por ejemplo, la puesta en marcha de “consultorios obreros gratuitos” en estos años en diversos sindicatos y ateneos (así como la lucha por el Hospital Obrero en los medios cenetistas, especialmente barceloneses). Uno de ellos fue el “Consultorio Médico” abierto por la Agrupación Cultural Faros de Barcelona y atendido por el Dr. Javier Serrano (médico anarquista que firmaba también con el seudónimo de “Dr. Fantasma”). Véase: *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 28.III.1933.

⁴⁸ Véase, por ejemplo, MIRRI LARRUBIA, Teresa, «Migrantes en las jóvenes sociedades industriales: integración y diferenciación social», *Historia Social*, 26, 1996. Referencias más centradas en el ámbito anarquista y en el proceso de creación de grupos y ateneos libertarios en áreas industriales con una fuerte presencia de mano de obra inmigrante, como es el caso de L’Hospitalet, pueden encontrarse en MARIN, Dolors, *De la llibertat per conèixer...*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1996.

y *Cerebro*, a la altura de julio de 1935: “Ahora, como nunca se ve la necesidad de los Centros de Estudios en todas las barriadas; vemos los jóvenes de las Barriadas obreras cómo no tenemos ni dónde meternos a estudiar un poco para distraer nuestra pequeña inteligencia”.⁴⁹

La labor escolar (en forma de escuelas racionalistas para niños o cursos y clases nocturnas para adultos), la puesta en marcha de bibliotecas o la organización de charlas, conferencias, debates y lecturas comentadas, eran sólo algunas de las posibles iniciativas que vinculaban a los ateneos con la población trabajadora de su entorno. Cabe destacar otras prácticas que, con un aire más familiar, abierto y lúdico —sin perder en absoluto su orientación propagandística e instructiva—, como las excursiones y las veladas y los “festivales” artísticos y teatrales, completaban esta oferta de ocio. Los ateneos nacen y desarrollan su actividad, por tanto, vinculados a los barrios obreros y populares de las ciudades (aunque no exclusivamente) y en el contexto de las demandas y necesidades que generaba su integración en el espacio urbano.

Desde esta perspectiva, no pueden aislarse de toda una sociabilidad de las clases trabajadoras en el período de entreguerras, que tuvo, en general —tal como señala Pere Gabriel para el caso de Barcelona—, “*un fort caràcter localista i de barri*”, creando y poniendo en marcha centros de barriada que no eran sino la expresión de “*la presència activa i visible de la població treballadora dins la ciutat*”. Todo ello es inseparable del proceso de articulación de una nueva y “gran” ciudad y de la aparición de los barrios como nuevos espacios populares y obreros.⁵⁰ Pero este fenómeno no es sólo evidente por lo que se refiere a Barcelona. La existencia de una tupida red de ateneos confederales y ácratas en las diferentes barriadas populares y obreras de Madrid (a los que ya hicimos referencia) o Valencia,

⁴⁹ UN IDEALISTA, «La necesidad de Centros de Estudios Sociales», *Brazo y Cerebro*, La Coruña, 1.VII.1935.

⁵⁰ GABRIEL, Pere, «Sociabilitat de les classes treballadores...», pág. 102-103. Cabría subrayar en general, por tanto, el papel de los sectores populares y obreros como “agentes” de la urbanización y de la generalización de una “cultura urbanizada” (GABRIEL, Pere y MARTÍN, Josep Lluís, «Clase obrera, sectores populares y clases medias», en *La Sociedad Urbana (Actas del II Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea)*, Barcelona, Asociación de Historia Contemporánea, 1994, pág. 148-151).

o en sus poblaciones periféricas, tal como se puede constatar en la década de los treinta, es otro ejemplo en ese sentido.⁵¹

⁵¹ Por lo que se refiere a Valencia, de los treinta y dos ateneos anarquistas y anarcosindicalistas existentes en la provincia de Valencia entre 1931 y 1936, la mitad surgieron en la capital, con especial incidencia en aquellas zonas donde se concentraba la población trabajadora de la ciudad: Grao, Russafa, zona oeste (Velluters-Misericordia-Quart), zona norte (Sagunt-Oriols-carretera de Barcelona) y sur (calle de San Vicente, Jesús). En la mayoría de los casos, se trataba de áreas con una importante densidad de población. Tal como ha señalado Joaquín Azagra, a la altura de 1930 el crecimiento poblacional de Valencia no había sido integrado por el recinto histórico ni por el Ensanche, sino que se había “*desbordado en arrabales a lo largo de las vías de acceso a la ciudad*”, y que coinciden en buena medida con las áreas mencionadas. Este crecimiento, por otra parte, se debía en gran parte a la llegada de población inmigrante en años precedentes, lo que “*se traducía en una demanda de vivienda y servicios*”. En definitiva, Valencia “*integró sus ganancias demográficas —no sólo inmigrantes, también los sectores populares afectados por reformas y alineaciones en el interior— sancionando y completando lo que había sido construcción anárquica de una periferia urbana*” (AZAGRA, Joaquín, «Ensanche y “ensanches”: vecinos y propietarios en la Valencia de 1930», en PRESTON, Paul y SAZ, Ismael (ed.), *De la Revolución liberal a la democracia parlamentaria. Valencia (1808-1975)*, Valencia, Biblioteca Nueva-Universitat de València-Fundación Cañada Blanch, 2001, pág. 202-209).